

LITERATURA EN LAS FRONTERAS. CONTAR LOS AÑOS DE ETA SEGÚN PATRIA, DE FERNANDO ARAMBURU ¹

Martínez, María Victoria
Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC
Córdoba, Argentina
victoriamartinezunrc@gmail.com

Introducción

La novela que aquí analizamos está estructurada en ciento veinticinco breves capítulos numerados y subtítulos, que rescatan a la manera de estampas algunos episodios de la vida de sus personajes; cada uno de ellos, desde su particular perspectiva, proporciona de manera gradual elementos de la trama, en distintas épocas y situaciones. Incluye además un apéndice final, con un glosario de vocablos y modismos en euskera usados en la novela, traducidos y explicados en castellano.

Los personajes no son identificados por apellidos, sólo se dan a conocer sus nombres o apelativos; recurso cervantino del autor para ampliar los alcances de lo narrado, pues todas las personas y familias pueden identificarse así con sus peripecias; esto se hace extensivo al pueblo, del que intencionadamente se brindan pocas referencias.

Los padres de ambas familias -Miren y Joxian, por una parte; Bittori y el Txato, por otra-, han compartido amistosamente muchas cosas en los años de crianza de sus hijos. El Txato, un empresario que se abrió camino en la vida con mucho esfuerzo, primero es extorsionado y luego asesinado por un comando de ETA; el mismo al que se integra Joxe Mari, uno de los hijos de Miren y Joxian, posible ejecutor del empresario. Detenido finalmente después de participar en una serie de atentados, el hijo mayor de Miren cumple una larga condena en prisión.

Como telón de fondo de la historia se recogen muchas señales del miedo cotidiano de vivir en una sociedad amenazada, en donde el rumor y la delación son parte del día a día.

(...) el caso es difamar y meter miedo. Fulano hace un poco, mengano hace otro poco y, cuando ocurre la desgracia que han provocado entre todos, ninguno se siente responsable porque, total, yo solo pinté, yo solo revelé dónde vivía, yo solo le dije unas palabras que igual ofenden, pero, oye, son solo palabras (...) De la noche a la mañana mucha gente del pueblo empezó a negarles el saludo. ¿El saludo? Eso es mucho pedir. Hasta la mirada les negaban. Amigos de toda la vida, vecinos, también algunos niños. (...) (Aramburu, 2016: 82)

Una línea isotópica común, la de un cierto clima intimidante, hilvana las secuencias narrativas: pues la muerte del Txato, anunciada ya desde las primeras líneas, será replicada en distintos momentos y desde el recuerdo y la conciencia de diferentes actores; un relato repetitivo, según Genette, como icónico telón de fondo de la violencia omnipresente en el mundo narrado.

Y qué manera de llover. La madre que me. (...) Aún no habían dado las cuatro de la tarde y ya parecía que entraba la noche en el pueblo. (...) Una figura joven, ágil, borrosa, surgió de entre dos coches aparcados junto a la acera de enfrente (...) De un salto alcanzó la acera por detrás del Txato. El Txato siguió su camino y ya le faltaba poco para llegar a la esquina.

Entonces, a su espalda, muy cerca, sonó un disparo.

Y después otro.

Y otro.

Y otro. (Aramburu, 2016, p. 87)

Mataron al Txato, una tarde de lluvia, a pocos metros del portal de su casa. (Aramburu, 2016, p. 83)

¹Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación categoría A titulado “Intimidad y memoria en las escrituras del yo” (2016-2017), dirigido por la Dra. Silvia Cattoni y codirigido por quien suscribe. El proyecto cuenta con subsidio a la investigación de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba, y ha sido aprobado para el Programa Nacional de Incentivos a docentes investigadores UNC.

Joxian, gacha la cabeza, guarda silencio. Clavó de pronto la mirada en el nombre de su amigo, en la fecha de su muerte. Su muerte en la esquina. La esquina entre la casa y el garaje donde guardaba el coche y la bicicleta. Y tras la fecha, la edad del Txato la tarde lluviosa de los disparos. (Aramburu, 2016, p. 114)

Bittori miró derechamente a los ojos del cura.

—Escucha, Serapio. Quien no me quiera ver en el pueblo, que me pegue cuatro tiros como al Txato, porque pienso seguir viniendo tantas veces como me dé la gana (...)

No espero que nadie me pida perdón, aunque, la verdad, ahora que lo pienso, me parecería un gesto bastante humano. (Aramburu, 2016, p. 121)

Si bien el narrador elude intencionadamente la mención de fechas exactas, sí ofrece algunas referencias a acontecimientos históricos conocidos, lo que brinda puntos de anclaje cronológico a la acción: entre otros, la tortura y muerte de Mikel Zabalza, falsamente acusado de pertenecer a ETA por la Guardia Civil, ocurridas en diciembre de 1985; la desarticulación del aparato financiero de ETA por el allanamiento a la fábrica Sokoia en el país vasco francés, en noviembre de 1986; el atentado explosivo en el centro comercial Hipercor de Barcelona, que causó la muerte de 21 personas, en junio de 1987; las negociaciones de Argel, entabladas con el gobierno socialista de Felipe González después del primer anuncio de una tregua por parte de ETA, en enero de 1989; los asesinatos de Gregorio Ordóñez, diputado del parlamento vasco por el Partido Popular, en enero de 1995; y Miguel Ángel Blanco, concejal por el Partido Popular de Ermúa, Bizkaia, en julio de 1997; una serie de sucesos trágicos que jalonaron por décadas la historia de la sociedad vasca.

En torno a la presencia y acción de ETA en la vida de la comunidad se desarrollan además multitud de cuestiones, recogidas en la novela: el día a día de un pueblo acostumbrado a la presencia dominante de la izquierda nacionalista *abertzale*; el aislamiento social padecido por familias y personas que se resistieron a las amenazas de ETA, el silencio de gran parte de la sociedad vasca; la *kale borroka* o lucha en la calle, la presión para el cobro del “impuesto revolucionario”, los atentados; las torturas contra prisioneros cometidas por los cuerpos de seguridad del Estado, la dispersión de los presos vascos condenados y el sufrimiento para sus familias, el dolor de los familiares de las víctimas del terrorismo, el proceso imprescindible de reflexión y revisión de aquel pasado, los atisbos dolorosos de una pretendida reconciliación.

Convivir con la violencia

La investigadora vizcaína Edurne Portela (Santurce, 1974), estudiosa de la representación de la violencia en la cultura contemporánea, analiza en *El eco de los disparos* (2016), los fantasmas del terror que permeaba la sociedad vasca en la que desarrolló su infancia y primeros años de juventud. La autora sostiene que “nuestros vínculos sociales y nuestra estructura de sentimiento están dañados por años de convivencia con el ejercicio de la violencia.” (Portela, 2016: 25)

En relación con la manera en que se tejen los vínculos sociales, la autora considera que los afectos, positivos y negativos, nacen de cómo imaginamos a los semejantes de nuestro entorno:

Si imaginamos al convecino como un “otro” radical, como un ser con el que tenemos poco o nada en común, entonces será fácil posicionarnos en contra de él, verlo como un intruso que amenaza nuestro bienestar o nuestros deseos individuales o colectivos, proyectar sobre él nuestros problemas y nuestros temores. (Portela, 2016: 25)

Por ello, las relaciones de los miembros de las familias en *Patria*, en principio cercanas y afectuosas, se verán afectadas por la desconfianza y el rencor; la novela da cuenta así de “los vínculos sociales resquebrajados por la violencia” (2016: 23).

Siguiendo la línea de reflexión de la autora, la obra de Aramburu induce a pensar también en “cómo puede *contarse* ahora esta sociedad herida, fragmentada y todavía polarizada” (Portela, 2016: 20); todo un desafío para el autor, además, al tomar el tema entre manos como eje de su novela.

Construir el relato, contar los años de ETA

En relación con este punto, desde el anuncio de ETA del cese de la lucha armada en 2011, multitud de voces han alertado sobre la “batalla hermenéutica” abierta a continuación para “contar el relato” explicativo de las últimas décadas de la vida en Euskadi, e interpretar la situación particular del pueblo vasco en estos años. (Castells Arteche, 2014)

Edurne Portela, por su parte, toma en cuenta las advertencias de George Steiner sobre la utilización del lenguaje al servicio de una ideología: “las palabras se convierten en vehículos de terror y falsedad. Algo irremediable acaba por ocurrir a las palabras. Algo de las mentiras y del sadismo acaba por instalarse en el núcleo del idioma”; sobre esa base, sostiene que “en estos momentos se está produciendo una verdadera guerra por las palabras para construir el relato de lo que ha ocurrido en los últimos cincuenta años en los territorios vascos.” (Portela, 2016, p. 32) En este orden, diversos autores coinciden en señalar lo peligroso que es intentar crear tanto un relato único como un relato donde todas las víctimas y todas las versiones tengan el mismo peso.

Portela propone en su trabajo ampliar la discusión sobre el dominio del discurso y su repercusión en distintas esferas de la vida social; la autora entiende que ha habido una auténtica contaminación del lenguaje, efectuada a través del campo de la política y del intercambio social, con el apoyo en muchos casos de profesionales de la comunicación. Según Portela, la insistencia en la partición entre lo perteneciente y no perteneciente al mundo vasco, sumada a la victimización histórica de Euskadi, “acaba convirtiéndose en el relato que otorga sentido a la violencia e impone un consenso sobre ese sentido”; más aún, esta imposición de sentido actuó como impulsora del silencio de quien no se sentía representado por ella. En esta sociedad fragmentada y gravemente escindida, “un veto de facto” impedía a las víctimas acercarse a cualquier obra que procurara “entender al terrorista o sus defensores.” (Portela, 2016, p. 33)

Fernando Aramburu, por su parte, se ha pronunciado reiteradamente de igual manera sobre el tema; así, en una conferencia reciente propuso “la articulación de un fondo de memoria -a base de novelas, fotos y películas, entre otros testimonios-, para evitar el blanqueo de ETA”, pues considera que “es urgente que los contemporáneos del terrorismo escriban relatos para que los verdugos no se conviertan en héroes”; de allí la génesis de *Patria*, que ofrece según su perspectiva “respuestas a preguntas sobre cómo vivió día a día una sociedad sometida al terror con comportamientos de supervivencia”. (Aramburu, 2017, sd)

Si a la brasa le da el viento

Así, en el relato incluye la figura de un personaje escritor, quien participa en San Sebastián en un debate público sobre víctimas del terrorismo. En ese punto transcribe las palabras del escritor ficcionalizado -el propio Aramburu, quien efectivamente participó como expositor en un coloquio de autores durante las VI Jornadas sobre Víctimas del Terrorismo y Violencia Terrorista, en 2006; las mismas pronunciadas por el autor real en dicha oportunidad, en las que comienza por fijar su posición personal en relación con el tema convocante:

Este proyecto de componer, por medio de la ficción literaria, un testimonio de las atrocidades cometidas por la banda terrorista surge en mi caso de una doble motivación. Por un lado, la empatía que les profeso a las víctimas del terrorismo. Por otro, el rechazo sin paliativos que me suscitan la violencia y cualesquiera agresiones dirigidas contra el Estado de Derecho (...) (Aramburu, 2016: 551)

Aunque hacen referencia a un trabajo anterior de su autoría, de las palabras del autor puede extrapolarse una orientación precisa sobre las claves de lectura de la novela que tenemos entre manos:

Escribí en contra del sufrimiento inferido por unos hombres a otros, procurando mostrar en qué consiste dicho sufrimiento y, por descontado, quién lo genera y qué consecuencias físicas y psíquicas acarrea a las víctimas supervivientes (...) Quise responder a preguntas concretas. ¿Cómo se vive íntimamente la desgracia de haber perdido a un padre, a un esposo, a un hermano en un atentado? (...) procurando trazar

un panorama representativo de una sociedad sometida al terror. (Aramburu, 2016: 551-553)

La atribución al escritor de ficción de ciertas señas de identidad propias del autor real funciona aquí como ratificador de veridicción de las palabras transcritas en el texto. El recurso a la autoficción contribuye así a reforzar la intencionalidad explicitada; pues “presentar lo imaginario como real, o al revés, no es una apología de la falsificación, sino todo lo contrario”, según señala Manuel Alberca (2007). El autor, perfectamente consciente de los alcances y efectos de la autoficcionalidad, la emplea aquí a fin de potenciar los efectos de su mensaje en el receptor.

El título del capítulo -“Si a la brasa le da el viento”-, surge de la mención de uno de los personajes a “la brasa que llevamos dentro”, de la que cada cual “ha de ver la manera de que se le vaya enfriando poco a poco.” En una muestra de sentido común, Bittori cierra el tema afirmando que “si a la brasa le da el viento, se avivará la llama” (Aramburu, 2016: 549); una evidencia del camino erizado de dificultades que deberá recorrer todavía la sociedad vasca en un eventual acercamiento entre víctimas y victimarios.

¿Cabe esperar una reconciliación?

El antropólogo guipuzcoano Joseba Zulaika, especialista en la violencia vasca, afirma que “ETA impuso un determinado sujeto político a Euskal Herría”, que ha sido desactivado después del alto el fuego. En este punto, y tomando en cuenta “los enormes padecimientos provocados por la violencia de intencionalidad política”, para superar el proceso traumático se impone, según el autor, “la necesidad casi terapéutica de explicar lo sucedido.” El relato que procure esta explicación, ante la posibilidad de un tiempo nuevo para la sociedad vasca, deberá ser “no solo fiel a los hechos, sino también moralmente aleccionador para que éstos no vuelvan a repetirse”. (Zulaika, 2006, pp. 95-96)

En este orden, Zulaika retoma la idea de Jacques Derrida de la paradoja moral que implica el perdón sin condiciones: el perdón resulta problemático porque la voluntad, por mucho que se empeñe, no puede deshacer el daño cometido. Si la magnitud de la injuria es tal que aparece como imperdonable, si el odio eterno se presenta como la sola opción posible, “lo único que puede hacer el perdón es actuar como si los hechos dolorosos nunca hubieran sucedido (...) Se trata al final de una paradoja moral”. (Zulaika, 2006, pp. 106 - 7)

En *Patria* resulta evidente que la cuestión del perdón ocupa un lugar destacado, pues la necesidad de dar y recibir perdón parece estar presente en el ánimo de todos.

Así, para Bittori resulta indispensable que los asesinos de su marido pidan perdón, única manera de que a su vez pueda perdonar. Sin embargo, movida por el íntimo deseo de conocer la verdad sobre la muerte del Txato, no necesita ni está interesada en que la petición se haga públicamente: “Lo que pasó, pasó. Ni tú ni yo podemos cambiar eso. (...) Dile que si me pide perdón se lo concederé, pero que primero me lo tiene que pedir.” (Aramburu, 2016, p. 238) También Serapio, el cura abertzale del pueblo, predica el perdón en tiempos de paz; “Ha llegado el tiempo de que nos perdonemos los unos a los otros (...) lo mejor es que, ahora que no hay atentados, la situación se calme y que termine la crispación y vayan aminorando con ayuda del tiempo el dolor y los agravios (...) (Aramburu, 2016, pp. 121, 124)

Conclusión

Según escribe el autor de *Patria*, “El perdón es íntimo, debe ser sincero, es algo muy particular, muy delicado, personal, un perdón general [no] me parece un auténtico perdón.” (Aramburu, en Hernández Velasco, 2017) De allí quizás que elija para el cierre de la novela el abrazo simbólico de Miren y Bittori:

Las dos mujeres se divisaron como a unos cincuenta metros de distancia (...) Entre los adultos se formó un rápido ovillo de bisbiseos. Mira, mira. Tan amigas que fueron. El encuentro se produjo a la altura del quiosco de música. Fue un abrazo breve. Las dos se miraron un instante a los ojos antes de separarse. ¿Se dijeron algo? Nada. No se dijeron nada. (Aramburu, 2016, p. 642)

Un final que podría ser leído como una mirada esperanzada del autor; dicho esto con mucha prudencia, un primer paso hacia la posibilidad de una reconciliación social. Conforme a lo expuesto, creemos que el arduo debate hermenéutico abierto en Euskadi en torno a la construcción de una memoria social común de las décadas transcurridas está lejos de arribar a un punto de acuerdo. En este sentido, la obra estudiada no es ni puede ser “el retablo definitivo sobre más de 30 años de la vida en Euskadi bajo el terrorismo”, el llamativo epígrafe, lamentablemente sin firma, con que la *Casa del Libro* de Madrid encabeza la presentación del volumen en su página digital².

Referencias bibliográficas

- Alberca, M. (2007). *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- (2012). *La autoficción. Consideraciones teóricas*. Arco Ediciones, Madrid.
-(2014). “De la autoficción a la antificción. Por la autobiografía.” En *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 766. Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, pp. 68-84.
- Aramburu, F. (2011, diciembre) “Carta a los escritores vascos”. *El país*. Recuperado de https://elpais.com/diario/2011/12/05/cultura/1323039602_850215.html
- (2016). *Patria*. Tusquets, Barcelona.
- (2017, mayo). “Un fondo de memoria para evitar el blanqueo de ETA”. *ABC*. Recuperado de http://www.abc.es/espana/castilla-leon/abci-aramburu-propone-fondo-memoria-para-evitar-blanqueo-201705101857_noticia.html
- Casas, A. (2012). *La autoficción. Reflexiones teóricas*. Arco ediciones, Madrid.
-(ed.) (2014). *El yo fabulado. Nuevas aproximaciones críticas a la autoficción*. Iberoamericana-Vervuert, Madrid.
- Castells Arteche, L. (2014). “Las víctimas del terrorismo. La cuestión del relato.” *Revista Huarte de San Juan. Geografía e historia*. Nº 21. Recuperado de <https://academica-e.unavarra.es/xmlui/handle/2454/16798>
- Hernández Velasco, I. (2017, septiembre). “El perdón de una víctima a su agresor es algo íntimo, no se puede establecer por ley”. *BBCMundo*. Recuperado de <http://www.bbc.com/mundo/noticias-41367694>
- Portela E. (2016). *El eco de los disparos*. Galaxia Gutenberg, Barcelona.
- Ricoeur, P. (1992). *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*. Arrecife, Madrid.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Paidós, Barcelona.
- Zulaika, J. (2007). *Polvo de ETA*. Alberdania Astiro, Irún.

² Disponible en <https://www.casadellibro.com/libro-patria/9788490663196/3033439>